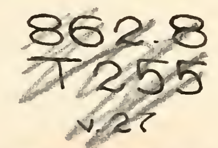

SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS


862.8
T255
v.27



Casilda de Antón del Olmet

EN CONCIENCIA

COMEDIA DRAMÁTICA

CARTA-PRÓLOGO ✣ ✣ ✣

AL

Duque de Tamames



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1901


EN CONCIENCIA

EN CONCIENCIA

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CASILDA DE ANTÓN DEL OLMET

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del Sábado 20 de Abril de 1901

CARTA-PRÓLOGO

AL

DUQUE DE TAMAMES



MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1901

57

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JUSTA	Sra.	Llorente.
JAIME	Sr.	Fuentes.
MARÍA	Srta.	Moreno.
PEPITA		Arévalo.
DOÑA REMEDIOS	Sra.	Ríos.
SEÑOR GONZÁLEZ	Sr.	Altarriba.
MATILDE	Sra.	Aranaz.
PEPE	Sr.	Echaide.
GARCÍA		Villagómez.
ALVAREZ		Del Cerro.
DOCTOR MOLINA		Vallarino.
PETRA	Sra.	Anaya.

La acción en Madrid, en nuestros días

El presente reparto está hecho con arreglo á la intervención de los personajes en la acción, no con arreglo á la categoría oficial de los artistas que representaron la obra.

CARTA-PRÓLOGO

Excmo. Sr. Duque de Tamames.

Mi distinguido amigo:

Doy á usted las gracias por su carta, que le acredita una vez más de lo que se llamaba en los tiempos de la galantería espejo de caballeros.

¡Quién hubiera previsto cuando dejamos el teatro Español la tarde del sábado 20 de Abril, después del último ensayo de *En conciencia*, que á las pocas horas, esa obra, acogida tan cariñosamente por cuantos la conocían, había de ser protestada ruidosamente por un público en quien tanto confiamos! ¡El pueblo español, decíamos, en el teatro nacional, juzgando la obra de una mujer, no puede portarse más que caballerosamente!

Nunca esperé que mi obra obtuviese un éxito franco y popular. El asunto no se prestaba á ello: estudio psicológico razonado, presentación y lenguaje sencillos, supuse que sería acogida con respeto, esperando el éxito para después que el público hubiese meditado sobre ella. Careciendo mi obra de condiciones para fascinar, hablando á la razón y al sentimiento, creí que éstos se irían despertando poco á poco en el público, gustando de ella quizá después de la primera representación. Pero desde el momento en que el público de la

galería entraba en el teatro diciendo: «*En conciencia*, y de una señorita, esto debe de ser un mamarracho,» y exclamaba al salir: «¡Lástima de peseta! ¡Podíamos haber visto *nuestra Electra!*», este público no podía ENTRAR en mi obra.

En esta época de snobismo, todo lo que es nuevo choca; al autor novel se le mira con prevención; si el autor es una mujer desconocida en las esferas de la literatura y si nuevo es también el género que cultiva, había de encontrar dificultades inmensas tal vez, como así ha sucedido, no inmensas, insuperables. ¿Una joven sin experiencia puede hacer una obra dramática aceptable? ¡Imposible! Hé aquí cómo planteó y resolvió el problema el público, que lleno de prejuicios, acudió al estreno de *En conciencia.*

La falta de experiencia, grave sí, que he cometido, ha sido la de ir al estreno en las condiciones en que se ha hecho: con sólo dos ensayos de concha incompletos, á causa de la premura del tiempo, y sabiendo que no podía darse á mi obra más que una representación, por hallarse la señorita Moreno tan enferma, que realizó un verdadero prodigio al presentarse en la escena, deferencia que nunca podré agradecerle suficientemente.

Estrenada, repito, al día siguiente de la 80.ª representación de *Electra*, se encontró mi obra con un público formado por los violentos efectismos teatrales de la obra de Galdós, cuya inmensa personalidad admiro tanto como respeto; con un público acostumbrado á interrumpir las representaciones de esta obra-bandera con ovaciones delirantes al grito de «¡Viva la libertad, mueran los frailes!», el cual rechazó, por razón del contraste, una obra en la que no podían tener expansión las pasiones de un espíritu sectario, y en la que sólo había intervenido, al ser escrita, la sencillez en la más absoluta acepción de la palabra.

Habituado durante ochenta noches consecutivas de delirante entusiasmo á contemplar en escena en la figura de Pantoja *al monstruo de la reacción*, en una obra que se desenlaza por medio de un fantasma, escogido por su autor para resolver el problema, ese público no podía acoger mi obra con agrado.

Desde el momento en que el público admitía como lógico en *Electra* que la protagonista debía casarse con Máximo, no obstante la afirmación real y positiva de

Pantoja, que ella admite como un hecho, de que aquél era su hermano, sin más afirmación que destruya la primera que la de que en un instante de alucinación esa *cherseuse* neurasténica cree oir la voz de un fantasma, de una nueva Doña Inés, en el momento ese mi obra estaba fracasada. Porque Electra, al escaparse del convento con Máximo, comete el más repugnante de los crímenes: el incesto, puesto que en el siglo veinte, en una obra revolucionaria, en la que se hace la propaganda de la ciencia en contra de la fe, no es posible admitir lógicamente la realidad de los aparecidos, la intervención de los fantasmas y la verdad de las almas en pena.

Estrenar una obra en el teatro Español después de *Electra*, en tales condiciones, era pretender navegar en un torrente; aquel público acostumbrado á las emociones eléctricas no podia gustar de las emociones plácidas. Cuantas obras se estrenaron después fueron mal recibidas, sin que lograra salvarse del rigor de ese injusto destino el *maestro* Blasco á quien el público no hizo salir á escena en el estreno de *Mañana me caso ó lluvia de cartas*, estrenada en día de beneficio, tres noches antes que *En conciencia*.

Se ha dicho que el teatro es imagen de la vida y espejo de las costumbres, que la fórmula del teatro moderno es transplantar á la escena la verdad de lo real. En este único principio está basada mi obra.—*En conciencia* es una obra de lógica, de verdad, de realidad, absolutamente humana. Lo que mis personajes piensan, sienten, dicen y hacen, es lo que hacemos, decimos, sentimos y pensamos todos. No se plantea en ella un problema excepcional ni se debate un asunto imaginado. He visto el caso, lo he estudiado en múltiples hogares y lo he llevado al teatro tal y como es la realidad vivida. Mi obra es humana, repito, con humanidad perfecta, porque en ella no hay cosa fingida ó desfigurada. No es asunto trivial por ser asunto de todos los días y de todos los hogares, porque la tesis de mi obra no es la lucha mezquina entre suegra y nuera disputándose un puñado de monedas y un pedazo de cariño. Mi tesis es el abuso impunemente cometido por aquellos que, desconociendo sus deberes, abusan de sus derechos, monopolizando el espíritu de otros, perturbando sus conciencias, llevándolos insensiblemente á cometer acciones criminales y cobardes, destruyendo un hogar y

causando la muerte de una víctima inocente sacrificada á un delito que no penan los artículos del Código.

El problema que se agita en mi obra es el de la libertad en su más grande, en su más trascendental sentido Es el problema del conocimiento de derechos y deberes en la familia, base de la sociedad, el de la libertad de la conciencia. Es el problema de la dignidad humana, planteado en una madre que abusa de su autoridad por egoísmo y en un hijo que llega á la injusticia, al crimen, sacrificando á su esposa, por no atreverse á romper el círculo de hierro que oprime su conciencia haciéndole creer que es un deber sagrado lo que no es más que flaqueza punible.

Este es, pues, el problema en toda su grandeza, en toda su trascendencia. El público, al gritar, no se hizo cargo, no comprendió la tesis de la obra, el pensamiento del autor. ¿Y cómo había de comprenderlo, si al llegar á este punto, al terminar el acto segundo, en que el problema queda planteado de este modo, impidió con sus interrupciones constantes que se oyera el último acto de la obra?

¿Qué es el acto tercero? La solución del problema, lógicamente sencilla. El reproche terrible del oprimido al opresor, al caérsele la venda de los ojos ante las trágicas consecuencias, la desesperación del hijo respondiendo á su madre cuando ésta le consuela diciéndole: «¿No te quedamos nosotras?», muerto ya para el amor, herido por el remordimiento: «Ustedes! ¡siempre ustedes! ¡Qué conciencia!»

Esto en cuanto á la tesis. ¿Es que su desarrollo es ilógico? Veámoslo: El hijo aspira á casarse, en el primer acto, con la mujer á quien ama; esta, desgraciada en el hogar lujoso de su madrastra, acepta, viendo en su matrimonio la luz de la felicidad adivinada. La madre no se opone, teniendo en cuenta que la esposa es rica; pero todos presienten lo que forzosamente ha de ocurrir. La joven hace ver al prometido la posibilidad de ser mal acogida por una madre celosa. La madre exige del hijo que, sea cual fuere la influencia que su mujer ejerza en él, no la abandonará jamás. El, crédulo, promete felicidad á la esposa, seguro de la grandeza moral de la madre, y por la misma razón accede á la exigencia de ésta. Cae el telón con el problema planteado, adivinándose un drama de costumbres, psicológico, de tesis.

En el acto segundo, Jaime, casado con María, sufre las consecuencias de una situación insostenible, sin atreverse á plantear el problema Doña Justa odia á María, viendo en ella una intrusa que viene á robarle un puesto en el hogar y en el corazón de su hijo, no ocultando su mala voluntad desde que ha visto que no le ha asignado su padre la renta ambicionada. María sufre en silencio un martirio de alfilerazos constantes, sin atreverse á protestar por no causar nuevos dolores al esposo amado. Pero la tormenta latente estalla al fin, provocada por la suegra; Jaime, sujeto siempre á la férrea autoridad de la madre, eterno menor que no se atreve á romper sus cadenas, más aún, que no tiene conciencia de ellas, cree cumplir un deber sacrificando á su esposa porque ésta, con dignidad, mantiene sus derechos, pobre víctima que cae de rodillas exclamando: «¡Así me deja! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mí!»

Baja el telón y entramos en el acto tercero. Jaime, sólo, abatido, siente la voz interior de su conciencia que se agita, que late en él reclamando su libertad. Al saber que María, llevando su sacrificio al heroísmo, está enferma de muerte, tiene un arranque de energía y decide reintegrarla al hogar, exigiendo para ella el respeto y cariño á que la esposa tiene allí derecho, á lo que la madre accede, como cede al cabo la injusticia ante la voz de la razón que se impone por la fuerza. La esposa vuelve al hogar, perdona al esposo ingrato que de rodillas le hace ver la felicidad que les espera. Pero María, que simboliza en la obra la bondad, el sacrificio, la delicadeza suma, no puede resistir á tan encontrados golpes y cae como herida por el rayo entre los brazos estremecidos de Jaime. Una lección moral inmensa, honda, terrible, se desprende del desenlace de la obra. La debilidad que no ejercita sus derechos legítimos contra la opresión, comete un crimen porque desampara los derechos de otros, sacrificando al inocente.

El público, que al caer el telón protestaba contra la obra, no pudo ver la grandeza del símbolo. Habituado al teatro por horas, á entusiasmarse con la frecuente chavacanería de una chulapería degradada, difícilmente podía interesarse por el símbolo de un problema de conciencia.

¿Ha encontrado acaso endebles los caracteres de mi

obra? Doña Justa es, desde el primer momento, la encarnación de la intransigencia, del egoismo intolerante, del despotismo absorbente, que pretende avasallarlo todo, apoderarse de cuanto le rodea, realizándolo implacablemente, convencida de que ejerce un derecho; pero al mismo tiempo con habilidad bastante, tirando la piedra y escondiendo la mano, para empujar la voluntad de los otros, haciéndoles creer que lo hacen libremente, uniendo á lo tiránico lo hipócrita.

María es, desde la primera escena hasta la última, la niña dulce, sensible, vagamente soñadora, que deja la opulencia de su hogar por el amor, que protesta débilmente de su dolor, habituada al sufrimiento desde la cuna; pero también llena de dignidad, de nobleza, que prefiere dejarse morir á mendigar un pedazo de pan y unas sobras de cariño de los que no han sabido comprenderla.

Jaime es constantemente el hombre amordazado por una fuerza superior, que siente y piensa, pero que no se atreve á sentir y á pensar por cuenta propia, obedeciendo á la autoridad que lo domina. Es el hombre que tiene más la conciencia del deber que la conciencia del derecho, que cede más á la autoridad impuesta que al instinto natural, y que sólo en presencia de la realidad trágica comprende la verdad, y no atreviéndose á vengarse, porque es su madre quien lo hiere, desea la muerte como consuelo á su dolor, como castigo á su flaqueza.

Pepita y doña Remedios completan, como símbolos reales, este cuadro de la verdad.

Pepita es el débil que busca amparo en el fuerte, adulándole, ayudándole en su lucha contra la víctima; es el inseparable compañero del tirano, que halaga sus pasiones para medrar con ellas

Doña Remedios, en cambio, es la bondad, la amistad, el desinterés, la humanidad honrada que compadece al desgraciado, que sufre con sus dolores, que comparte con él su pedazo de pan en la pobreza; es la humanidad simpática, que con su ejemplo nos consuela de las infamias, las villanías, las perfidias, la brutalidad de la bestia humana, la más cruel de las fieras cuando no alienta en ella la piedad, la compasión, la generosidad, lo que dignifica, enaltece y sublima nuestras pobres miserias de barro enorgullecido.

En cuanto al diálogo. deliberadamente, convencida del mal gusto, del ridículo lenguaje de los personajes de comedia, hice que los de mi obra hablasen como se habla en la vida, sin retóricas, sin tropos, sin imágenes, descartando de ella toda la palabrería artificiosa, la fraseología de relumbrón, inventada por el efectismo y subrayada por el *latiguillo.*

¿Es que mi obra adolece del defecto de pesadez en la exposición del problema? Consta de tres actos, de la misma extensión que *El Alcalde de Zalamea*, es decir, una de las obras más breves de nuestro teatro, fraccionados en catorce escenas el primero, catorce el segundo y veintidós el tercero. No hay tiempo material para que las escenas puedan pecar de languidez.

¿Es que en ella no ocurren bastantes *cosas?* En el primer acto se plantea el matrimonio ; en el segundo, el divorcio, y en el tercero, la reconciliación. ¿Qué más puede ocurrir en el teatro de la realidad? ¿Qué diría este público de *Los cuervos*, de Becque; de *Amantes* mismo, de Donnay; de todo el teatro de Ibsen y de Bjœrson, de casi todo el de Sudermann? ¿De esas obras en *las que no pasa nada*, en las que sólo se estudian caracteres y se discuten ideas?

¿El público ha sentido cierta antipatía por el asunto? ¿Ha protestado de que se saque á la escena una madre egoista é interesada, como dice María de doña Justa? Precisamente ese realismo es el ideal del teatro, si ha de ser éste escuela de las costumbres. Las llagas sociales, como las físicas, hay que mostrarlas si se desea la curación; si por un sentimiento de pudor las tenemos ocultas, se extenderán más y más hasta corromper por completo el organismo.

Si estos tipos existen y aún otros más monstruosos, como lo prueban los hechos, puesto que la humanidad que vive bajo el peso de la ley y el régimen de la Guardia civil llena diariamente las cárceles y presidios con sus actos criminales, con el parricidio, el infanticidio y todas las aberraciones mas horrendas, el público no debe extrañarse en presencia de una lección altamente moral que tiende á mejorar la sociedad, empezando por la familia, fundamento de ella En todo caso ¿cómo ha admitido como posible la figura de Pantoja, que martiriza á su hija hasta llevarla á la locura y á la prisión?

Doña Justa simboliza en mi obra el egoismo, como

Jaime la debilidad. Si alguien protesta de estos personajes, se reconoce implícitamente culpable de uno de los dos delitos.

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan;
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Alguien ha dicho que las entradas y salidas de los personajes no estaban muchas veces suficientemente justificadas en mi obra. A eso puede responderse que justifiadas absolutamente no lo están jamás en obra alguna. Es un convencionalismo que el público acepta con aplauso, siempre que se le antoja. Prueba de ello es que nadie ha encontrado inverosímiles, injustificadas, las entradas y salidas de los personajes de *Electra*, encontrando natural, por ejemplo, la entrada de Pantoja en la escena del arroz con menudillos, presentándose en casa de Máximo por una puerta excusada, simulando la aparición del Comendador en la cena de *Don Juan*, en vez de entrar anunciado por un criado por la puerta del foro, como lo hace el Marqués de Ronda, amigo íntimo deMáximo. El público ha encontrado tambien justificadas las entradas y salidas del mismo Pantoja circulando á su capricho por los claustros de un convento de monjas, por la noche, á tiempo justo para que lleguen allí todos los personajes de la obra, entre ellos Máximo, que entra en el convento á raptar á Electra dando voces y haciendo gran estrépito. El público se complace en encontrar absurdo lo que hace un autor novel, mientras encuentra lógico cuanto se les antoja hacer á sus ídolos. Ya lo dijo el gran Campoamor, ruidosamente silbado en el teatro sin respeto á su gloria como poeta:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es segun el color
del cristal con que se mira.

¿Es necesario, pues, preguntar por qué mi obra ha sido, en estas condiciones, rechazada por el público? En primer lugar, por el prejuicio indicado y, después, porque dado su estado de ánimo no pudo ENTRAR en la

obra. Porque mi obra, de sobriedad espartana, enjuta, en la que no hay más que la verdad escueta, la frase desnuda, la escena rápida, de laconismo interior y exterior, ha chocado abiertamente á un público habituado á las ampulosidades declamatorias, á las hinchazones retóricas, á los tópicos de rúbrica, á los efectismos pletóricos, á los gritos epilépticos y á la fanfarronería de brocha gorda.

Habituado el público á este género malsano ¿qué debe hacer el escritor? ¿Halagar la fantasía, pervertir el buen gusto y excitar las pasiones? ¿O presentarle la verdad serena, señalarle el camino que debe emprender, cumpliendo horadamente con su conciencia, aunque esto le ofrezca grandes sinsabores al no explotar en su provecho las flaquezas de los demas?

La misión que Dios impone á aquel á quien favorece con las luces de la inteligencia, es enseñar, no corromper; es repetir la frase sublime y profunda de San Juan: «Conoceréis la verdad y seréis libres.» Este espíritu de libertad es el que ha guiado mi mano al escribir *En conciencia*; de libertad que ennoblece y dignifica al hombre, de santa libertad que nace del perfecto equilibrio de los derechos y los deberes.

Con todo esto, admito que el público del Español no gustase de mi obra. Lo que no puedo conceder es que protestase contra ella con la desconsideración que lo hizo. Bastaba que mi obra fuese la primerá producción de una mujer, para que fuese oída con aquella benévola atención que concede á las equivociones de los grandes maestros. ¿Por qué no ocurrió así?... ¿Por qué el caballeresco, el *hidalgo* pueblo español, simbolizado en *Don Quijote*, faltó á todas las consideraciones debidas á la mujer indefensa que se presentó ante él amparada en la debilidad de su nombre?

Porque ese grupo, pequeño para honra de la humanidad, pero que existe para vergüenza de la misma, amasado con las sobras de la sociedad alta y baja, y rociado con hiel; ese grupo, que se jacta como de una gloria de su nombre de *reventadores*, encontró una preciosa ocasión de cebarse impunemente, clavando su garra de cuervo en el corazón de una joven que por primera vez se presentaba ante él Ese es el público que ahogó con su rugido de fiera hambrienta la protesta indignada del público culto que cedió por prudencia,

temiendo provocar un escándalo, y arrastró consigo á la masa inconsciente que no comprende que toda obra es respetable por el esfuerzo grande que supone y la honrada intención que la guía. La mano encallecida del obrero no debió regatear su aplauso á una obrera de la inteligencia, á una trabajadora del pensamiento; ellos, que viviendo del trabajo, saben lo que el trabajo cuesta.

Aquel grupo, aquella minoría turbulenta y cobarde al mismo tiempo, es la que sin exponer su vida, desde las calles de la Corte, arrastró á la Patria á la guerra con los Estados Unidos y luego, el día en que se recibió la noticia de la tremenda derrota, se desplomaba en la plaza de toros á festejar con barbarie su deshonra, como en los tiempos de Tiberio; es la misma que habiendo dejado impunes tantos crimenes, sólo tiene energía para revolverse en masa anónima contra una débil mujer, cuyo único delito es el haberles presentado un problema de conciencia

Sólo me resta dar las gracias á todas las personas que, como usted, dentro y fuera del teatro, me han ayudado noblemente en mi empresa y después han compartido conmigo las amarguras de la decepción. Gracias también debo dar á la prensa por su galante campaña en mi favor.

Me impulsa usted en su carta, á la que con esta respondo, carta que le acredita una vez más de modelo de caballeros españoles, protestando con indignación de la incalificable descortesía contra mí cometida por cierta parte del público; me impulsa á continuar el camino comenzado, aunque la lucha sea grande; me conforta y alienta á no desmayar en mi honrosa tarea, porque siempre tendré á mi lado á las personas cultas, que es lo que importa.

Dice usted bien: no hay que desmayar. Silbadas han sido todas las nuevas fórmulas de arte, todas las obras que han traído un progreso, marcando una época en la historia del pensamiento humano.

Silbada ha sido la ópera de Wagner; silbado el teatro de Ibsen; silbado fué *Ruy Blas*, y *Hernani;* rechazazada de todos los teatros *La Parisienne*, de Henri Becque; silbada *Carmen*, y *El Barbero;* silbado Moratín durante diez y ocho años; silbado en el teatro del Principe el *Macbeth* y en el del Circo *Romeo y Julieta*, de Shakes-

peare; silbada la Avellaneda por un público soez que arrojó un gato al escenario, para vergüenza del nombre español.

Tengamos presentes las palabras de un gran poeta injustamente juzgado:

«La gloria es grande si la lucha es fuerte,
la estatua á golpe de cincel se labra,
la tierra con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.»

Doy á usted nuevamente las gracias por su carta, que tanto ánimo ha prestado á mi dolorido espíritu, reiterándome de usted siempre amiga y servidora,

q. l. b. l. m.,

Casilda de Antón del Olmet.

Madrid 23 de Abril de 1901.



ACTO PRIMERO

Sala de una familia de la clase media

ESCENA PRIMERA

Entran PEPE y GARCÍA acompañados de PETRA

PETRA — Pueden ustedes pasar. Voy á ver si está el señorito. (Vase.)

ESCENA II

PEPE y GARCÍA

PEPE — Esperemos.

GAR. — Si no es demasiado.

PEPE — Paciencia, que no es cosa de perder la ocasión de ver á Jaime, ya que tan pocas veces se consigue. Entre sus ocupaciones, que son muchas, y (Acercándose á García.) su familia, tiene pocos momentos disponibles.

GAR. — Pues él no deja de ser animado y dispuesto para todo lo que se quiera.

PEPE — Sí; pero pocas veces se puede lo que se quiere. Ya conoces su historia, muy frecuente entre los huérfanos. Acostumbradas las madres á manejarlos ellas solas á su antojo, orgullosas de haberlos moldeado á su ma-

nera sin la ayuda y la autoridad de un padre, acaban por creerlos cosa propia, como le ocurre al jardinero á fuerza de remover una finca á su capricho.

GAR. Pero él...

PEPE No se da cuenta. Corazón generoso y siempre infaltil, le hablan de deber y ama el deber; le hablan de conciencia y cree en ella, sin meterse á razonar ni medir el alcance de estas dos palabras.

GAR. No estaba enterado de estas intimidades...

PEPE Que parecen insignificantes, y sin embargo son de mucha trascendencia. Los defectos del hogar son los defectos de la sociedad; ésta no podrá estar nunca bien organizada mientras en la familia, que es su base, no tenga cada cual perfecta idea de sus deberes y de sus derechos.

GAR. Difícil asunto es este cuando es tan vieja la humanidad y todavía no se ha resuelto el problema.

PEPE ¡Bah! Dejemos esto. ¿Y á la hermanita, no la conoces?

GAR. Sé que es muy bonita.

PEPE Muy bonita, mucho. Una gatita mansa, con unas uñas muy finas, que esconde divinamente entre sus patitas de seda. Aquí está la mamá.

ESCENA III

Entra DOÑA JUSTA y saluda muy amable. PEPE y GARCÍA

JUSTA Mi querido Pepe, ¿cómo va? ¿Y los papás, buenos? ¿Y este caballero?. .

PEPE El señor García, condiscípulo también de Jaime.

JUSTA Tengo tanto gusto... Siéntense ustedes. (Se sientan.) ¿Esperan á mi hijo?

GAR. Sí, señora; hemos sabido su ascenso y teníamos intención de que lo celebráramos juntos.

PEPE Sí... habíamos pensado...

JUSTA Muchas gracias; son ustedes muy amables; bien se ve la parte que toman en las satisfacciones de mi hijo; yo, como madre, no puedo por menos de estar agradecida; es la alegría mayor que pueden dar á una madre: manifestar cariño á sus hijos.

PEPE Muchas gracias, señora; usted siempre tan bondadosa.

JUSTA Nada de eso; pero es el caso que no sabemos cuándo vendrá Jaime: á veces come fuera... no es seguro que venga... Hoy, por lo mucho que tarda, creo que no vendrá. Pueden esperar un rato, sin embargo.

GAR. Sentimos molestar á usted...

JUSTA Tengo mucho gusto en acompañarles, si la compañía de una vieja puede serles grata; puedo dejar un rato mis quehaceres, que nunca faltan... yo estoy siempre ocupadísima... (Con cierta impertinencia.)

PEPE No queremos abusar de la amabilidad de usted... vemos que tarda... (Se levantan.)

JUSTA Hoy seguramente ya no viene.

GAR. Tenga la bondad de hacerle presente nuestra visita y el objeto de ella.

JUSTA Con mucho gusto. Quedará agradecidísimo... Va á sentir mucho no ver á ustedes.

PEPE A los pies de usted. Saludo á la encantadora Pepita.

JUSTA Muchas gracias. (A García.) Espero que no será esta la primera y última vez que lo vea por esta casa.

GAR. Me veré muy honrado en ello.

PEPE (Saludando.) Señora... á sus órdenes. (Danse las manos.)

JUSTA Hasta otro rato. (Salen.)

ESCENA IV

DOÑA JUSTA

¡Gracias á Dios! Estaba temiendo que terminara Jaime su tarea y se presentara de improviso descubriendo mi combinación;

pero no, Dios ve mi intención, que es siempre buena y me favorece. ¿Dónde están mejor los hijos que al lado de las madres? Los amigos los distraen de sus obligaciones, separándolos de sus deberes filiales, y además les hacen gastar el dinero en tonterías. (Entra Pepita.)

ESCENA V

DOÑA JUSTA, PEPITA

PEP. ¿Se han marchado ya?

JUSTA Afortunadamente.

PEP. Entonces llamaré á Remedios. No ha querido pasar estando los visitantes.

JUSTA Dile que venga, y también á tu hermano. (Sale Pepita.)

ESCENA VI

DOÑA JUSTA

Hoy es día de fiesta en esta casa, y no es cosa de que trabaje tanto; debo procurarles alguna distracción, porque estas fiestas de familia, en familia deben celebrarse. Veremos qué proyectan. (Entran Jaime, Pepita y doña Remedios.)

ESCENA VII

DOÑA JUSTA, JAIME, PEPITA, DOÑA REMEDIOS

JUSTA Ven, hijo mío, no trabajes tanto.

JAIME ¿Quieres que no trabaje?

JUSTA Por excepción hoy; no siempre, pues ya ves cómo el trabajo perseverante y la honradez obtienen su recompensa. (Se sientan.)

PEP. Remedios ha conocido por nuestras caras de pascuas que algo bueno nos ocurría.

REM. Es usted una madre feliz. Un hijo modelo... una hija encantadora...

JAIME Nos favorece usted demasiado.

REM. No; digo la verdad. Los ratos más felices de mi vida solitaria y triste son los que paso al lado de ustedes, tan buenos, tan cariñosos ..

JAIME Vamos, vamos; nada de tristezas; hoy es día de alegría en esta casa, y hemos de celebrarlo estando todos contentos.

JUSTA (A doña Remedios.) ¿Ya usted sabe su ascenso á cajero?... No es una gran cosa; no desahoga mucho nuestra posición, pero demuestra el aprecio que le tienen sus jefes; así se llega; aunque el camino sea lento, es seguro

JAIME Hemos de discurrir algo con que celebrar el suceso. Remedios, comerá usted con nosotros y nos ayudará á resolver el problema.

PEP. Yo me contento conque me lleve á paseo. Mamá sale tan poco... Está siempre delicada... Y como rara vez puedo contar contigo, por estar siempre ocupado ..

JAIME Deja que me haga rico: te pondré una miss y te pasearé en coche.

JUSTA ¡Pobrecilla! No necesita tanto. Es tan buena, tan resignada... Todo por su hermano y para su hermano. Mucho debes quererla.

JAIME Y la quiero Y á ti también, mamá, á quien debo todo lo que soy y lo que seré. (La acaricia.)

PEP. ¡Cuánto tarda María! Me ofreció venir con sus padres á darte la enhorabuena.

JAIME ¿Vendrá? ¿Te lo ha dicho? (Con interés.)

REM. ¡Hola, hola! ¿Esas tenemos? Me parece muy bien la vecinita: rica, bonita y buena, es un gran partido. Usted lo habrá notado...

JAIME No sea usted maliciosa.

JUSTA Mi hijo todavía no piensa en amoríos, ni tampoco estamos á su altura.

PEP. Es un poco tonta.

JAIME ¡Tonta!

PEP. Orgullosa, quise decir.

REM. Eso no es un defecto, siempre que no se

exagere. No me parece muy feliz esa muchacha; tiene un aire tan serio... mejor dicho, ¡tan triste!

JAIME Las madrastras pocas veces cumplen los deberes que aceptaron al ocupar el puesto de las madres, y Matilde, casada sin amor con un anciano rico, ha de procurar sacar todo el partido posible á su sacrificio.

JUSTA No se debe pensar mal. Ningún motivo tenemos para formar esa opinión.

PEP. Es una pedante, y el marido un don Juan... Lanas. (Entra Petra. Se acerca al grupo.)

ESCENA VIII

DICHOS, PETRA

PETRA Los señores de González.

JUSTA Que pasen, que pasen. (Sale Petra. Entran González, Matilde y María elegantemente vestidas en traje de paseo Saludan.)

ESCENA IX

DICHOS, menos PETRA. El SEÑOR GONZÁLEZ, MATILDE y MARÍA

GONZ. Buenas tardes, señores.

TODOS Buenas tardes.

MAT. (A doña Justa) Que sea enhorabuena.

MARÍA (Dando la mano á Jaime.) Que sea enhorabuena.

JAIME Gracias, María; es usted muy amable. (Se sientan, formando dos grupos: uno las personas mayores y otro Jaime, María y Pepita.)

GONZ. Comprendo su satisfacción, señora. ¡Los hijos! Yo hubiera deseado uno. Mi María es muy buena, pero un hijo es el camarada del padre; nuestro brazo derecho el día en que la edad nos obliga á descuidar los negocios. En mi primer matrimonio no los tuve, y después, Matilde no ha querido dármelos. (Sonríe á ésta afectuosamente.)

MAT. Ni falta que nos hacen. Los hijos son una responsabilidad terrible, y en esta época una preocupación. Si son muchachos, las carreras; si son hembras, los casamientos. Bien estamos así, con María. Antiguamente, cuando la vida no costaba tanto, podían tenerse muchos; ahora, hasta es cosa de mal gusto.

REM. Hace poco celebraba yo la suerte de doña Justa: pocos y buenos.

JUSTA Así y todo, no se hacen hombres más que á costa de desvelos. Viuda y pobre, no me avergüenza decirlo, á fuerza de continuos sacrificios, he sacado adelante la familia. ¡Dios solo sabe lo que me ha costado! Así estoy delicada, enferma. Después de la campaña me ha quedado sólo el cuartel de inválidos. (Mútis.)

MARÍA Usted siempre tan bromista, Jaime; ¿bonita yo? Nunca lo he sido, y menos hoy en que me han peinado más mal...

PEP. ¿Mal peinada? ¡Si estás monísima Y llevas un sombrero precioso! ¿Cómo es que has venido en traje de paseo? ¿Piensas salir?

MARÍA Contigo, si sales. Papá y Matilde van á hacer visitas, y yo he preferido pasar con ustedes la tarde... si no les molesto...

JAIME Nos da usted con ello una satisfacción.

PEP. Ya lo creo. Daremos una vuelta con Remedios, que pasa el día con nosotros. Si no fuera por ella no sé qué sería de mí: ¡es tan buena, tan servicial! (Levántanse los señores mayores; en seguida los jóvenes.)

JAIME (A los señores de González.) ¿Ya nos dejan ustedes?

MAT. Vamos á hacer unas visitas; estamos en falta con todo el mundo.

PEP. ¿Nos dejan ustedes á María?

MAT. Ella lo prefiere y nosotros tenemos mucho gusto en complacerla.

JUSTA Muchas gracias. ¡Se quieren tanto!

GONZ. Mi hija, como no ha tenido hermanos, cree ver una hermana en todas las muchachas de su edad; es natural; la juventud con la ju-

ventud. (Le da la mano á Jaime.) Conque, Jaime, repito la enhorabuena, y que pronto lo veamos á usted ministro de Hacienda.

JAIME — No aspiro á tanto; pero si llegara el caso no lo rechazaría.

GONZ. — (Dando la mano á Pepita.) Adiós, Pepita. (A doña Justa.) ¡Qué guapa está esta chica! ¿Cuándo la casa usted?

JUSTA — ¡Oh! Eso es muy difícil; hoy no guía á los hombres más que el interés; poco significa el ser buena y juiciosa.

GONZ. — No tanto, señora, no tanto; el día menos pensado nos da una sorpresa.

JUSTA — ¡La pobrecilla hace una vida tan retraída!

GONZ. — No olvide usted que el buen paño...

JUSTA — Eso era en otros tiempos. (Se despiden.)

TODOS — Adiós, hasta la vista.

GONZ. — Adiós, señores. (Salen los señores de González, acompañados de doña Justa y Jaime.)

ESCENA X

DOÑA REMEDIOS, MARÍA y PEPITA

PEP. — Remeditos, ¿adónde va usted á llevarnos esta tarde?

REM. — Adonde quieran, hijas mías; ustedes dirigen.

PEP. — (A María.) ¿Adonde quieres ir?

MARÍA — Todo me es igual, no pudiendo ser al campo.

PEP — ¿Te gusta el campo? ¡Qué cosa más rara!

MARÍA — Mucho; quizá por lo mismo que estoy privada de él. Siempre que salimos á veranear Matilde nos lleva á San Sebastián, á Biarritz; ¡y á mí me cansa tanto esa alegría ficticia de la gente que hace que se divierte! ¡La vida del campo, el pleno goce de la naturaleza hablando al corazón su elocuente lenguaje!.. Allí no hay artificios; no hay pasiones. Mucha luz; un cielo espléndido; la paz del alma; ¿qué más quieres?

PEP. — ¡Qué romántica estás! Esas son ideas de enamorada. No sería extraño que hubiera

elegido entre sus muchos adoradores una muchacha tan guapa.

REM. Ya me fijaré; ya me fijaré á ver lo que pesco.

MARÍA Estoy tranquila; aunque fuese usted un Argos sucedería igual

PEP. ¡Qué reservada! ¿Vas á hacernos creer?...

MARÍA La verdad.

REM. Ya os lo diré á la vuelta. (Entra Jaime)

ESCENA XI

DICHAS y JAIME

PEP. Corro á vestirme. Y usted, Remedios, ¿viene á arreglarse?

REM. Voy contigo.

JAIME Pues yo acompañaré á María, que va á decirme por qué tiene hoy esa cara tan seria. (Salen Pepita y doña Remedios,)

ESCENA XII

JAIME y MARÍA

MARÍA ¿Seria yo? Pues si estoy muy alegre.

JAIME No, María. usted me engaña; hace ya tiempo que su fisonomía me es familiar; estoy acostubrado á leer en ella sus impresiones, y hoy me revela que algo ha pasado por usted, que me oculta, sin duda porque no me considera digno de sus confidencias.

MARÍA Jaime, no sea usted injusto; sabe usted muy bien la confianza que me inspira, que le considero á usted casi un hermano, y que si me resisto á hacerle confidente de mis penas, es para evitárselas ya que no está en su mano remediarlas.

JAIME ¡Quién sabe, María! Mucho puede hacer un corazón que pertenece por entero á usted.

No es para mí desconocida la influencia que ejerce su madrasta en el ánimo de su padre de usted; él anciano, ella joven y guapa, ha ocurrido lo que no podía menos de ocurrir; el uno cede á las exigencias de la otra, resultando víctima inocente la pobre huérfana que no ha conocido el amor y los besos de una madre.

MARÍA ¡Qué bueno es usted! ¿Cómo se ha hecho cargo de mi situación?

JAIME Oiga usted bien lo que voy á decirle. Si encontrase usted un hombre que la amase, que le ofreciera con su amor un hogar tranquilo, una madre modelo y una hermana cariñosa, ¿lo rechazaría? Sí, María; hace mucho tiempo que la amo, que siento con usted sus penas, que daría mi vida por verla feliz. No soy ya un chiquillo, mi posición es decorosa y de porvenir, si se conforma usted con ella... María, ¿me cree usted digno de hacerla mi esposa?

MARÍA Presentía que este momento había de llegar más pronto ó más tarde. Yo también he leído en sus ojos lo que hasta ahora me habían callado sus labios; sí, Jaime, sí; lo creo á usted digno de una esposa honrada.

JAIME (Con emoción, aproximándose.) ¡María, María, qué feliz me hace usted! ¿Puedo esperar que usted me corresponda? Pero... ¡qué loco soy! No he pensado en su padre, que ha de ser un obstáculo á mi felicidad; yo no puedo ofrecer lo que seguramente querrá para su hija; ¡fortuna, un nombre ilustre!...

MARÍA Piense usted más bien en su familia; ¡lo quieren á usted tanto! A veces las madres son celosas... Es usted para ellas su presente, su porvenir...

JAIME Mi madre es una santa y Pepita es un ángel; mi felicidad es su constante preocupación; ¿intentaría traerla á usted á casa si no estuviera muy seguro de ello? ¡Hacen de usted tantos elogios! Es usted la mejor amiga de mi hermana. Ahora, al quedarme solo con mi madre, si usted me autoriza le ex-

pondré mis deseos, y verá usted cómo ella misma fija el día de la boda. ¡Es tan buena! ¡Tan cariñosa!

MARÍA (Dándole la mano.) Ahora empiezo á creer que hay felicidad en la vida. (Entran Pepita en traje de paseo, doña Remedios con sombrero y abrigo; doña Justa.)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA JUSTA, DOÑA REMEDIOS, PEPITA

PEP. Cuando quieras, monísima.

MARÍA ¿Vamos?

JAIME (Estrechando la mano de María con aire de inteligencia.) Hasta muy pronto.

PEP. Adiós, mamá.

MARÍA (Despidiéndose de doña Justa.) Esta noche nos toca el Real, ¿nos dejará usted á Pepita?

JUSTA Si ella quiere, yo con mucho gusto.

PEP. (A María.) Ya lo creo, ¡qué buena eres! (La acaricia.)

REM. Vamos, hijas mías, á ver cuántas cosas traemos que contarle á doña Justa. (Salen María, Pepita y doña Remedios.)

ESCENA XIV

DOÑA JUSTA, JAIME

JAIME (Con alegría se acerca á doña Justa.) Mamá, hoy es día grande para nosotros; alégrate mucho, mucho; tu hijo es muy feliz.

JUSTA Sí, ya lo creo; el ascenso...

JAIME Y si á esa alegría se uniera otra mayor, más grande todavía; en una palabra... ¿te la digo?

JUSTA Vamos, habla, ¿qué es ello? Alguna chiquillada, de seguro; ¡estos muchachos!

JAIME No es una niñería lo que voy á decirte; escucha bien: amo y soy correspondido.

JUSTA (Con acritud.) ¿No lo dije? ¡Una tontería!

JAIME — No lo creas, mamá; hablo muy en serio; estoy enamorado y pensando en casarme.

JUSTA — ¡En casarte! ¿Qué oigo? ¿Qué idea te ha acometido de repente? Explícate mejor, porque me parece que no te he entendido bien.

JAIME — Has oído perfectamente y no es idea repentina la que acabo de manifestarte; hace ya tiempo que amo y hoy sé que soy correspondido; espero tu consentimiento, que estoy seguro que me otorgarás con gusto.

JUSTA — ¡Mi consentimiento! ¿Crees que yo también he perdido el juicio? ¿Con qué cuentas tú para casarte? Lo que reunimos no es más que lo justo para nuestras necesidades, y no creo que pienses en arrojarnos á la calle para que nos mantengamos de limosna.

JAIME — ¡Qué mal me juzgas, mamá! Piensas que desconozco mis deberes y dudas de que tú con mi mujer ocuparás siempre el primer lugar en mi corazón ¿Te imaginas que ignoro lo mucho que te debo? ¡Separarme yo de tí! ¡Eso no lo pensé nunca! Bien podemos estrecharnos, estrecharnos un poquito, para dar cabida en nuestro nido á una pobre criatura desgraciada y triste, necesitada del amor materno, desconocido para ella, tanto como deseado.

JUSTA — ¡Estrecharnos! ¿Crees que no estoy ya harta de privaciones? ¡A la vejez; cuando más falta hace el descanso de espíritu y de cuerpo, imponerme nuevos sacrificios! Y además, tu hermana, á la que es necesario presentar decentemente; hay que pensar en su porvenir, ya que hasta ahora sólo nos hemos preocupado del tuyo.

JAIME — Lo he pensado todo. Nuestra situación no es indefinida; tengo porvenir en mi carrera y además el trabajo no me asusta; al contrario, es agradable cuando de él depende el bienestar de una esposa encantadora y de una madre modelo.

JUSTA — ¿Y quién es esa hada hechicera que te ha trastornado de ese modo?

JAIME — ¡Esa hada es... María!

JUSTA ¿María? ¿Es... María? (Con interés.)

JAIME Sí, ella; ¿he elegido bien?

JUSTA No tengo nada que decir en contra suya; además, es rica, y no siéndolo tú, supongo que su padre no consentirá que su hija nos sea gravosa. Sin embargo, medítalo antes bien; yo no quisiera que te precipitases, es una cosa muy seria...

JAIME Bien pensado lo tengo, mamá; va en ello la dicha de tu hijo; ¿qué dices, consientes?

JUSTA Con una condición; con la de sea cual fuere la influencia que tu mujer ejerza en tí, no abandonarás jamás á esta pobre madre, ya anciana y enferma, á quien tanto debes, ni á tú hermana que no tiene en el mundo ni más cariño ni más amparo que el tuyo. No te pido más que lo que en conciencia estás obligado á concedernos.

JAIME ¡Con alma y vida, madre mía! Ninguna influencia arrancará jamás de mi corazón el cariño y la gratitud que te debo.

JUSTA Me consuelas, hijo mío. Es un golpe tan cruel para el corazón de una madre el pensar que un ser extraño venga á arrebatarnos lo que más queremos, lo que constituye nuestro orgullo, nuestra gloria; el amor de los hijos.

JAIME ¡Eso nunca! Será uno más para quererte.

JUSTA No esperaba yo menos de tu bondad y tu cariño. ¡Cumplirás tu palabra!

JAIME (Con acento de cariñoso reproche) ¡Madre mía! (Se abrazan)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho de Jaime. Jaime sentado ante una mesa tiene un libro abierto. Pepe, García y Alvarez escuchan

ESCENA PRIMERA

JAIME, PEPE, GARCIA y ALVAREZ

PEPE Creo que debemos suspender el trabajo.

JAIME Sí; basta por hoy; á este paso saldrán ustedes bien en las oposiciones.

PEPE Gracias al profesor, que en cuanto á nosotros poco ponemos de nuestra parte.

GAR. Pues yo hago cuanto puedo, lo confieso; tengo mucho interés en colocarme.

PEPE Por que piensas casarte; si siguieras mi ejemplo no te preocuparías.

ALV. Yo no pienso casarme y sin embargo estoy dispuesto á luchar como una fiera hasta conseguir vencer y obtener plaza.

PEPE Es natural, querido Alvarez, ayudas á tu familia, tienes que dar ejemplo á tus hermanos, eres, en una palabra, un modelo de hijos.

GAR. Y un mártir al mismo tiempo, no puede negarse; á la juventud no se le debe exigir tanto; viejos en la plenitud de la vida el amor que es la verdadera, la única felicidad; la unión legítima, sancionada por la

sociedad y bendecida por Dios, de dos corazones que se comprenden, adquiere para ellos la apariencia de un crimen; solo al desearlo, cometen un delito de lesa maternidad para el que es muy rigoroso el Código casero.

ALV. Desatinas; ¿hay nada más hermoso que el cumplimiento del primer deber que nos impone Dios al venir á este mundo? La madre es su representante en la tierra; amándola y obedeciéndola se ama y se obedece á Dios.

GAR. (Con cierta presunción.) Pues yo, después de algunas experiencias, tengo sobre este particular ideas muy avanzadas; opino que los padres son algo de que no podemos prescindir al venir á este mundo; que debemos amarlos mucho, sí, pero sólo y exclusivamente por sus merecimientos, por su bondad y sus virtudes El hecho en sí de la paternidad, vale bien poco; casi todas las madres se disgustan y lloran cuando notan síntomas alarmantes de que la familia aumenta más de lo conveniente. Si les deseas muchos hijos te contestarán de seguro: ¡que horror! ¡Dios no lo permita! No quiero más, estoy bien así... Y sin embargo... nacemos. En cambio, una esposa... Es la elegida del corazón por sus propios impulsos y libérrima voluntad!

PEPE Dejad las discusiones, que, como en todo, cada cual tiene razón, y ninguno la tiene. Yo también, después de algunas experiencias, tengo mis ideas, no tan avanzadas como las tuyas, pero sí más prácticas, que son: dejar á cada uno que obre y piense como quiera, ya que es inútil dar consejos y un mal negocio meterse en los asuntos de los demás.

ALV. Convendrás en que García ó está loco ó es un malvado. La familia es sagrada; la madre siempre es santa; un hijo nunca tiene el derecho de juzgarla.

GAR. ¿Pero las madres tienen el de abusar de sus derechos?

JAIME ¡Basta! Ni es esta ocasión de tratar de estas cosas ni pueden tratarse con tanta ligereza; ocupaos de vuestros estudios, que en estos momentos es lo que debe importaros.

GAR. Perdona, Jaime; en el calor de la discusión no hemos tenido en cuenta que estábamos quitándote el tiempo; como no has tomado parte en ella, casi, casi nos olvidamos de ti.

ALV. Encuentras ridículas nuestras discusiones porque has tenido la suerte de reunir, á una madre inmejorable, las satisfacciones del amor en una esposa encantadora.

JAIME No hablemos de esto. (Con mal humor.)

ALV. (Aparte.) ¿Qué pasará? Parece disgustado.

PEPE (Levantándose.) Vámonos. Adiós, Jaime.

JAIME Hasta mañana.

ALV. y GAR. Hasta mañana. (Se despiden.)

PEPE (A García, al marcharse.) Has debido callar.

GAR. Ya está hecho. (Salen Jaime se sienta y queda en actitud meditabunda. Entra María)

ESCENA II

JAIME, MARÍA

MARÍA Dispensa .. Estás ocupado...

JAIME Entra. ¿Qué quieres?

MARÍA Nada... ¿Qué tienes? Pareces disgustado... ¿Estás enfermo?

JAIME No... no tengo nada. (Se levanta para marcharse.)

MARÍA ¿Te vas sin almorzar?

JAIME Sí, tengo que hacer. (Se dirige á la puerta.)

MARÍA ¿Así me dejas? ¿Estás enfadado conmigo?

JAIME No, María. ¿Por qué había de estarlo? ¿Crees que tengo motivo...?

MARÍA Por mi parte no creo haberlo dado. Pero como te vas así .. tan secamente... (Jaime se acerca á dar un beso á María. Aparece Pepita. Se detiene. Jaime se separa de María sin besarla.)

JAIME Hasta luego. (Vase. Entra Pepita.)

ESCENA III

MARIA, PEPITA

PEP. Siento haber llegado en tan mala ocasión.. Te esperábamos para almorzar...

MARIA Gracias; no tengo apetito.

PEP. ¿No vienes?

MARÍA No, no tengo gana.

PEP. (Aparte.) ¡Siempre tan fastidiosa! (Vase. María se réclina en un sofá; permanece abismada unos momentos. Entra doña Justa. María se levanta.)

ESCENA IV

MARIA, DOÑA JUSTA

JUSTA ¿Qué es eso, María? ¿Cómo no vienes á almorzar?

MARÍA No me encuentro muy bien.

JUSTA ¡Es un gran recurso ese de las indisposiciones!

MARÍA ¿Recurso de qué y para qué, señora? No lo comprendo.

JUSTA Demasiado sabes lo que quiero decir. Pretendes hacerte la interesante á los ojos de tu marido. ¡Es claro! Tan delicada... tan sensible...

MARÍA ¡Señora, basta de sarcasmos! ¿No le basta ser mi eterno acusador á los ojos de Jaime, abusando de la influencia que ejerce sobre él, perturbando su conciencia, por lo mismo que es bueno y honrado, sino que también á mí, cara a cara, dirige sus venenosos dardos? ¡Basta ya, señora! Yo sabré defenderme.

JUSTA ¡Dios mío! ¿Qué dice esta mujer? Creo que me insulta! ¿Cuándo, dí, cuándo, criatura ciega he hecho más que quejarme mucho menos de lo que debiera de tu insultante desdén? ¿O es que quieres hacérmelo su-

frir impunemente, negándome hasta el derecho de lanzar un quejido? ¡No te vendría mal!

MARÍA ¡Señora! Esas son suposiciones creadas por su fantasía, única iniciadora de una situación que se va haciendo intolerable, que no puede prolongarse más tiempo.

JUSTA ¿Y es ésta la niña tímida víctima de su madrastra? ¡Pobre Matilde! ¡Cuánto la compadezco! Así accedió tan pronto al casamiento. Ya supo lo que se hizo.

MARÍA ¡Vuelvo á repetir, señora! ¡Basta de insultos que no estoy dispuesta á tolerar más tiempo! ¡Lo que hace usted es injusto, es inhumano!

JUSTA ¿Qué has dicho, insolente? ¿Y aún quieres que me calle? ¿Pretendes que tolere tus ultrajes con la resignación de un mártir, sin buscar una defensa legítima en el corazón de mi hijo?

MARÍA Se propone usted seguir su acción demoledora arrebatándome el único bien que he encontrado en mi vida : el cariño de Jaime. No, señora, no; me obliga usted á cometer una acción que me era repugnante; hasta aquí he callado, sí; ahora, usted lo quiere; hablaré. ¡Sea! Ejerceré con ello un derecho sacratísimo: el de mi propia reivindicación.

JUSTA ¡Dios mío! ¡Desacreditarme á los ojos de mi hijo! ¿Qué clase de monstruo he abrigado en mi seno? Pero, ¿no temes las consecuencias que ese insensato paso ha de acarrearte?

MARIA (Se aleja.) Tema usted por sí misma. Dios y la razón están de mi parte. (Vase.)

ESCENA V

DOÑA JUSTA. Amenazando frente á la puerta por donde ha salido María

¡Miserable criatura! ¡Me has declarado la guerra! ¡Intrusa desvergonzada, yo te venceré!

ESCENA VI

DICHA: DOÑA REMEDIOS y PEPITA

JUSTA (A doña Remedios.) ¿Qué dice usted ahora? ¿Ha oido á esa harpía? ¡No, Remedios, no; esto es intolerable!

REM. Exageran ustedes; la situación no es tan grave como se imaginan; un poco de ofuscación por ambas partes...

JUSTA ¡Exagerar! ¿Cree usted que puede verse con calma la situación que esa mujer ha creado en esta casa? En el tiempo que lleva en ella no he podido gozar un solo momento de bienestar; ya ha llegado á insultarme; ¡á mí! ¡Cuando tan humilde debía estar después del chasco que nos ha dado! ¡Yo creí que no harían de ella el abandono que han hecho! ¡Bien han sabido sacudirse el muerto y echarlo sobre nosotros, que con tanto trabajo íbamos sosteniéndonos á fuerza de orden y economía! ¿No les da vergüenza que tenga mi hijo que mantenerla cuando ellos son ricos y nosotros no? Es claro. ¡A ese viejo imbécil todo le parece poco para moños de la señora, y aquí que salgamos como podamos, que obligación tiene el marido de mantener á su mujer!

REM. Es una contrariedad de la que María no es culpable..

PEP. Al principio le costeaban algunos trajes y sombreros, pero ahora, ni eso; tengo que dejar de hacermelos yo, para que se los haga la señora; y á veces coserlos yo misma; como es tan inútil... no sirve para nada. . de rica no le han quedado nada más que los hábitos; mucho lujo, mucho tono, muchas comodidades; de lo demás, cero.

REM. Ella será la primera en lamentar...

JUSTA Que obligue á su padre, que para eso lo es y ella es quien puede hacerlo; mi hijo no quiere tomar la iniciativa en este asunto, por estimarlo incompatible con su dignidad.

PEP. Y no es esto solo; lo peor es, que ya Jaime no nos quiere como antes; está siempre de tan mal humor... no se le puede hablar... esa mujer lo tiene trastornado; yo creo que va á hacer que nos aborrezca.

JUSTA ¡Eso no! ¡Eso no sucederá! ¿Aborrecernos Jaime? ¿Él hijo de mi alma? ¡Nunca! Yo pondré remedio al mal, antes de que el cáncer se apodere más y más del organismo y haga imposible la estirpación.

REM. ¿Qué dice usted, señora? No comprendo...

JUSTA Ya lo verá usted por sus propios ojos. Con ella ha entrado la desgracia en esta casa; sobre mi hijo recae principalmente; preveo una catástrofe; yo sabré evitarla.

REM. Por Dios, doña Justa, reflexione que lo que pretende es muy grave; que puede tener funestas consecuencias.

JUSTA Más grave que la situación presente no puede haber ninguna, ni más funestas consecuencias que las que han de sobrevenir de continuar este estado de cosas. Si Eva en el Paraiso hubiera arrojado á tiempo á la serpiente, no hubiera sido á su vez arrojada de él por su causa.

PEP. ¡Pobre mamá!

REM. Yo hablaré con María; veremos el partido que se saca.

JUSTA Perderá usted el tiempo; haga lo que quiera. Vente, niña.

REM. Ya les comunicaré el resultado. (Salen doña Justa y Pepita.)

ESCENA VII

DOÑA REMEDIOS y MARIA

REM. (Acércase á la puerta y llama.) ¿María? (Entra María.) María, hija mía, tengo que hablarte.

MARÍA ¿Qué desea usted, Remedios? Estoy á sus órdenes.

REM. Ven, siéntate á mi lado y déja que te hable como una madre á su hija; respónde-

me tú como una hija á su madre. (La conduce cariñosamente al sofá. Se sientan)

MARÍA ¡Una madre! No la he conocido y cuando creí hallarla...

REM. Vamos; todos exageráis la situación y en vez de poner cada uno de su parte por allanarla, os parapetais cada cual en vuestros resentimientos, haciéndola cada vez más insostenible.

MARÍA ¿Qué quiere usted que yo haga?

REM. Ser más suave, más dulce con ellas; ayudarles en sus ocupaciones; que vean en tí ánimo de agradarles.

MARÍA ¿Y acaso puedo? Dispuestas siempre en contra mía, si estoy triste las insulto, si estoy alegre las ofendo; nada hago bien; en nada les doy gusto; convencida de ello, he resuelto eliminarme cuanto puedo y por eso dicen que las desprecio.

REM. ¡Pobre hija mía! Y Jaime, ¿qué dice á todo esto?

MARÍA No quiere entender nada; yo tampoco lo entiendo; me quiere, sí, estoy segura de que sufre; pero á veces, no sé si por mí ó por ellas.

REM. Vamos á ver, hija mía; ¡y porque no hablas á tu padre á fin de que te pase alguna cosa con que aplacar las iras de esta gente!

MARÍA ¡Ay! ¡Esa es mi desgracia! Nunca mi madrastra fué buena para mí y habiéndome casado contra el gusto, ya que no contra la voluntad de mi padre, no me he atrevido á hablarles claramente, llevada de un natural sentimiento de amor propio; he hecho sin embargo, algunas indicaciones, que no han sido acogidas.

REM. Decídete, hija; tal vez crean que no te es necesario.

MARÍA Aunque políticamente, siguen tratándose con esta familia; ahora los espero; me han dicho que iban á venir; si hallo una oportunidad para hablarles á solas, plantearé el asunto de una manera definitiva, á fin de saber á qué atenerme.

RÉM. ¿Me enterarás de lo ocurrido?

MARÍA Pierda usted cuidado.

REM. Te dejo, querida, por si vienen los papás que no me encuentren; me encargaré tambien de retener á esas señoras, para que puedas hablar más libremente; diles tú que han salido.

MARÍA ¡Qué buena es usted! (Vase doña Remedios. María coge un libro con ánimo de leer, pero permanece abstraída un momento. María se levanta. Entran el señor Gonzalez y Matilde.)

ESCENA VIII

MARIA, SEÑOR GONZALEZ y MATILDE

GONZ. Hola, hija mía, ¿cómo estás?

MAT. ¿Cómo estás?

MARÍA Regular; no me encuentro muy bien. (Se sientan.)

GONZ. En efecto; te encuentro algo tristona; ¿qué te pasa? Vamos, tontuela, no seas reservada con tu padre. ¿No eres feliz? ¿No has realizado tus deseos? ¿No te has casado con el hombre que amabas, á pesar de no ser muy á mi satisfacción?

MARÍA Sí, papá; en cuanto á esto no me quejo; pero á veces el amor no basta; la prosa de la vida... las necesidades, se extienden como negra nube en el cielo purísimo del amor ideal.

MAT. ¡Qué extraño lenguaje! Nunca te has expresado en esos términos. ¿Qué es lo que pretendes?

MARÍA ¡Lo justo, señora! No ser gravosa á mi marido, pobre, cuando tengo un padre rico.

GONZ. ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Tú también engañada, como todo el mundo! No quiero que me taches de avaro ó de cruel, cuando no soy más que un hombre desgraciado, al que ya no le queda más que el crédito, que procurará conservar mientras pueda. Voy á confiarte la verdad: fueron á menos mis nego-

cios; quise rehacer lo fortuna que se me iba de entre las manos, realizando jugadas de Bolsa; la fortuna, ¡ay!, es una coquetuela que no quiere nada con los viejos; en mi juventud fué espléndida conmigo, volviéndome la espalda cuando, ya en el ocaso, solicité de nuevo sus favores.

MAT. Esta es la situación, nada envidiable por cierto; vivir del crédito, de las apariencias, temiendo que de un momento á otro se desplome el edificio, como castillo de naipes que se deshace con un soplo.

MARÍA ¡Esto más, Dios mío! ¡Sin esperanza! ¡Sin porvenir!... ¡Esto es horrible!

MAT. No exageres tu desgracia; tu marido es joven y puede trabajar; tiene porvenir.

MARÍA ¡Negro, terrible es el que yo preveo!

GONZ. ¿Por qué, hija mía? El cariño de tu padre no te faltará nunca.

MARÍA ¡Pobre padre mio! (Le estrecha la mano.)

MAT. ¿Y esas señoras?

MARÍA Creo que han salido.

MAT. (Levantándose.) No tenía gran empeño en verlas.

GONZ. Guarda el secreto de lo que te he dicho. Mientras conserve el crédito alentaré la esperanza de rehacer en parte lo perdido.

MARÍA Es mi deber y sabré cumplirlo.

GONZ. Adiós, hija mía. (Salen el señor González y Matilde. Se asoma á la puerta doña Romedios y entra.)

ESCENA IX

MARIA y DOÑA REMEDIOS

REM. Poco satisfactoria ha debido ser la entrevista á juzgar por tu aspecto. ¿Has hablado claramente?

MARÍA (Con turbación.) No me he atrevido... estaba Matilde... aprovecharé ctra ocasión mejor...

REM. ¡Pero, hija mía, eso es demasiado! La situación es cada vez más tirante y no sabes á lo que te expones!

MARÍA ¡No siga usted, no siga usted; nada puedo decir! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! (Vase llorando. Pepita desde dentro.)

PEP. ¿Remedios?

REM. Pasen ustedes. (Entran Pepita y doña Justa después.)

ESCENA X

DOÑA REMEDIOS, DOÑA JUSTA y PEPITA

PEP. ¿Qué ha ocurrido?

REM. Nada, todavía.

JUSTA ¡Esto es burlarse de nosotras!

PEP. Pues yo ya no le coso más vestidos.

JUSTA ¡Te lo prometo!

PEP. Calla...

JUSTA ¿Quién es?

PEP. Debe ser Jaime. (Entra Jaime con aspecto de cansancio; se deja caer en una butaca.)

ESCENA XI

DICHAS y JAIME

JUSTA ¿Eres tú?

JAIME Yo mismo; rendido, mareado de hacer números y más números, cuentas y más cuentas: ¡cuántos millones pasan por mis manos, como el sol por el cristal, según la frase de la doctrina que estudiaba cuando niño! (Pausa. Mira á doña Justa.) ¡Pero qué aspecto tienen ustedes! Siempre lo mismo! Vengo necesitado de reposo, de ver caras alegres á mi alrededor y se me recibe de este modo!

JUSTA ¡Bien sabe Dios cuánto lo siento y cómo trato de disimular para no atormentarte, hijo de mi alma! Pero á veces es tanta la tristeza que llena el corazón, que, á pesar de todo, no puede ocultarse.

PEP. ¡La pobre mamá sufre tanto!

JUSTA ¡Cuando era tan dichosa! ¡Cuando todos éramos tan felices!

JAIME ¡Siempre estos reproches! ¡Siempre las mismas reconvenciones! ¡Acabaré por volverme loco!

JUSTA ¿Y quién tiene la culpa? No procuro ocultarte los desprecios de que somos víctimas, yo y tu pobre hermana, tan buena y tan dulce? ¿No acogí á tu mujer con cariño maternal? ¿Me opuse á vuestra boda? ¿Puedes dudar un momento de que mi único anhelo es tu felicidad? Si ella te quisiera de igual modo, no crearía una situación desgraciadísima, en la que tú también sales herido.

PEP. Hoy no quiso salir á almorzar, y mamá, como es tan buena, fué á ver lo que le pasaba y no sabes las cosas que le ha dicho.

JAIME ¡Eso no puede ser! ¿Ella? ¿María?

JUSTA ¡Cuán ciego estás, pobre hijo mío! ¡Cómo esa mujer ha sabido ponerte una venda en los ojos, para guiarte á su capricho y destruir nuestra felicidad y mi vida! Sí, porque enferma y anciana no podré resistir ya mucho tiempo; la lucha me destruye y es necesario que resuelvas con arreglo á tus sentimientos.

JAIME Me parece, madre mía, que hablas con mucho apasionamiento.

JUSTA Por tí, hijo mío, es por quien temo. Las madres velamos por los hijos, aun para después de muertas. ¡Qué remordimiento no será para tí el día en que yo muera, pensar en la vejez que me has proporcionado! ¡Pobre hijo mío! ¡Esa idea me hace temblar! (Solloza.)

PEP. ¡Mamá, no te aflijas! ¡Pobre mamá!

JAIME (Con violencia.) Sí; reconozco que esto es insufrible, esta vida es un infierno que acabará con todos; hablaré con María, es necesario que esta situación cambie radicalmente.

JUSTA En conciencia así debes hacerlo. (Se retira.)

PEP. Doña Remedios, ¿nos acompaña usted? (Van saliendo doña Justa y Pepita; doña Remedios se acerca á Jaime.)

REM. Jaime, mucha prudencia y serenidad. (Vase.)

ESCENA XII

JAIME

¿Qué ha querido decirme? ¿Defiende á mi mujer? ¡Prudencia, serenidad! ¿Acaso no las tengo? Mi vida se deslizaba feliz antes de mi matrimonio; realizado éste, se ha convertido en un tormento contínuo. Mi madre... ¡Oh! ¡Cómo dudar de ella! Siempre me ha dado pruebas de abnegación y ternura. Mi hermana... Nunca he tenido queja de ella. Hablaré con María, sondearé hasta el fondo de su corazón y veré de qué modo soluciono el conflicto. (Entra María.)

ESCENA XIII

DICHO, MARÍA

JAIME — A tiempo llegas; tengo que hablarte.

MARÍA — También yo; á eso vengo.

JAIME — Parece que hoy no has guardado á mi madre los respetos que su edad y su condición merecen.

MARÍA — Sé el respeto que se debe á los mayores y el que nos debemos á nosotros mismos; pero cuando una mala voluntad pesa sobre nosotros, desfigurando todas nuestras acciones, llega un momento en que la dignidad se revela y se desborda el corazón, harto de sufrir y callar.

JAIME — ¿Qué pretendes decir?...

MARÍA — Nada temo: la razón y la verdad se abren siempre paso; yo también deseaba este momento; he apurado el cáliz de la amargura y no puedo sufrir por más tiempo los continuos saetazos de esa madre egoista é interesada.

JAIME — ¿Insultas á mi madre? Tú misma te condenas. Rebelde y soberbia, no doblegas tu or-

gullo ante una pobre anciana de cabellos blancos y mano trémula.

MARÍA Pero con fuerza suficiente para apretar el tornillo que me ahoga, y á tí también, desgraciado. ¿No comprendes que eres juguete de sus extravíos? ¿No te haces cargo de que llega la edad en que el hombre debe establecer una línea divisoria entre el respeto y la sumisión, anteponiendo á todo su propia dignidad? ¿Que tiene deberes que cumplir ante la sociedad y ante Dios? Lo que á los quince años es sublime á los treinta es ridículo.

JAIME ¿A mí también me insultas? ¿No respetas lo más sagrado que tenemos los hijos? Ya comprendo lo que quieres decirme. ¡Calla, calla!

MARÍA ¡Insensato! ¿Esta es la felicidad que me ofreciste? ¡Al lado de Matilde era menos desgraciada!

JAIME Debí haberlo previsto. Acostumbrada al lujo, á la opulencia, no te resignas fácilmente á la modestia de nuestra posición. No me amas lo bastante para olvidar por mí lo que has dejado. Puedes volver á recobrarlo cuando gustes. No quiero ser más tiempo tu verdugo.

MARÍA ¡Qué! ¿Me arrojas de esta casa?

JAIME Quiero devolverte tu felicidad.

MARÍA ¿Pero hablas seriamente?

JAIME Tú lo has querido. (Aparte.) Obro en conciencia. (Vase. María corre hacia la puerta.)

ESCENA XIV

MARÍA

¡Jaime, Jaime! (Vuelve; se deja caer en el sofá.) ¡Así me deja! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué va á ser de mí! (Solloza.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración del acto segundo.—Jaime en actitud reflexiva

ESCENA PRIMERA

JAIME

¡Dos años ya! ¡Dos años de no verla! ¡Dos años de lucha, de incertidumbre, de no saber si despreciarme ó compadecerme! ¿Dónde está la paz y la alegría que mi familia me brindaba? ¡La alegría, la paz, huyeron para siempre de mi corazón! Sí; día por día mi vida se hace más intolerable. Aquella conciencia que me hizo separarme de María, como manzana de discordia en este hogar, se despierta nuevamente, pero dolorida, quebrantada, como si hubiera estado prisionera, encadenada, agobiada bajo una mano férrea que no le hubiera permitido revolver sus entumecidos miembros. La siento respirar en mi cerebro, agitarse en mi corazón anhelante de vida, de luz, de felicidad. ¿He sido injusto con María? ¿Lo soy ahora con mi madre?... Sólo sé que sufro, que soy muy desgraciado; que María me odia, sí, me odia, y que no puedo continuar viviendo de este modo. (Pausa. Entra Petra.)

ESCENA II

JAIME, PETRA

PETRA Una señora desea ver á usted.
JAIME Avise á las señoras. No quiero ver á nadie.
PETRA Dice que sólo desea ver al señor.
JAIME ¿A mí? Que pase. (Sale Petra. Entra doña Remedios.)

ESCENA III

JAIME. DOÑA REMEDIOS

JAIME ¿Usted, Remedios?
REM. Yo misma. ¿Se alegra usted de verme?
JAIME Me alegro y me sorprende. Hace tanto tiempo que no quiere usted nada con nosotros, que no sé á qué atribuir tan agradable visita Usted se explicará, amiga mía. ¿Es bueno ó malo lo que tiene que decirme?
REM. De todo hay. Paciencia y escúcheme. Desde hace un año que vivo con María, después de la muerte de su padre, que no dejó á ésta, ya es ocasión de decirlo, ni un pedazo de pan ni una manta con qué abrigarse, gracias á su madrastra, que se llevó lo poco que quedaba, he deseado tener con usted una franca explicación, pues es lástima que dos personas que se quieren vivan separadas por una mala inteligencia, cuando con un poco de buena voluntad podían ser tan felices.
JAIME Ya sabe usted que á mí no me ha faltado; he intentado verla, y he encontrado siempre una tenaz resistencia.
REM. No debe á usted extrañarle; están siempre recientes las heridas de amor propio abiertas en su corazón; es una criatura delicada, excesivamente digna, si en la dignidad cabe exceso, y al considerarse victima de una in-

justicia, se subleva su orgullo, acallando la voz de su cariño, cada vez mayor, mientras más imposible lo encuentra.

JAIME ¿Es verdad, Remedios? ¿No me odia? ¿No me desprecia? ¿Puedo esperar que me ame, que me perdone?

REM. Precisamente ahora se le presenta, por desgracia, que no es nada satisfactorio el motivo, la ocasión de solicitar lo último, contando, como cuenta, con lo primero.

JAIME ¿Cómo? ¿De qué manera? ¡Explíquese usted!

REM. La pobre María está enferma, muy enferma; las penas, las privaciones han determinado un estado de debilidad que temo sea difícil corregir; hoy la encuentro peor que nunca, por lo que me he decidido á avisarle á usted, en contra de su prohibición, á fin de evitar la responsabilidad que quizá mañana pudiera caberme.

JAIME ¡Las penas! ¡Las privaciones! En las primeras no creí, y las segundas procuré remediarlas con la mensualidad que le he enviado puntualmente, á fuerza de economía, pues mi situación, por desgracia, mejora muy lentamente. Carezco de influencia, y el trabajo, sin ella, vale bien poco.

REM. Voy á causar á usted una nueva pena, con la que sin duda, no contaba. Cuanto usted le ha enviado lo ha devuelto íntegro á doña Justa, la que, tal vez, por ignorar la total ruina del señor González, lo aceptaba, suponiendo que no lo necesitaría.

JAIME Entonces...

REM. Compadecida de su situación, aunque soy pobre, le ofecí un albergue y la mitad de mi pan: unimos nuestras pobrezas; ella bordaba y hacía encajes, que yo vendía á las tiendas. ¡Cnántas veces le ha amanecido á la pobrecilla inclinada la cabeza sobre el bastidor, los ojos enrojecidos por el trabajo y el llanto, que silencioso rodaba por sus pálidas mejillas! Ahora ya no puede trabajar como antes; frecuentes desvanecimientos interrumpen su labor y una tos seca desgarra

su pecho; con tenaz orgullo se deja morir. Arrojada de esta casa por considerarla un censo, morirá, sí, morirá sin aceptar una limosna de los que tan mal han sabido estimarla.

JAIME ¡Calle usted, calle usted! ¿No ve que me enloquece? ¿Esto más, Dios mío? ¡Corra usted, corra usted á anunciarle que vuelo á su lado á arrojarme á sus pies: á lavar con llanto de arrepentimiento mi debilidad, mi crimen!

REM. Ya sabía yo que usted la quiere como ella merece. ¡Pobrecilla! (Sale. Jaime queda en actitud meditabunda, apoyada la cabeza entre las manos. Entra doña Justa.)

ESCENA IV

JAIME, DOÑA JUSTA

JUSTA Estás preocupado, Jaime. ¿Qué te pasa? Quizá alguna mala noticia... Nos han dicho que tenías visita... (Jaime continúa en la misma actitud.) ¡Reservado conmigo, Jaime! ¿Con tu madre? ¿Quién mejor que una madre sabe comprender las penas de los hijos? ¡Ay! Hasta que no se tienen hijos, no se sabe cómo quieren los padres.

JAIME ¿Y tú me hablas de hijos? ¿Tú, que con amor mal entendido has extraviado, has destruído mi porvenir, mi felicidad, mi vida?

JUSTA ¿Qué dices? ¡Desvarías! Hijo mío, vuelve en ti y no me hagas responsable de lo que tú en conciencia has realizado.

JAIME ¡En conciencia! ¡Qué palabra tan acomodaticia! La conciencia es algo así que se maneja á nuestro antojo y se explota en provecho del que sabe manejarla. ¡Qué fácilmente se nombra y qué mal se sabe comprenderla! Esa conciencia que invocas es la que me remuerde constantemente en mis horas de trabajo y en mis noches de insomnio. La

que me grita: ¡ingrato, ingrato, mal esposo, vuelve á tu mujer, arrójate en sus brazos!... ¡Pobres brazos, desfallecidos á fuerza de trabajo y privaciones! (Entra Pepita.)

ESCENA V

DICHOS: PEPITA

JUSTA Jaime, hijo mío, tranquilízate... No sé lo que ha pasado ...! ¡Qué pretendes hacer!

JAIME Unirme á ella ¡Arrojarme á sus pies implorando perdón! Recompensar á ese ángel todos los tormentos tan injustamente sufridos.

PEP. ¿Y piensas traerla á casa?

JAIME Para que ustedes le guarden todo el respeto que por sí y por ser mi esposa merece.

JUSTA Nunca se lo he negado y si hubiera sido afectuosa conmigo, yo hubiera sido para ella una madre.

PEP. Y yo una hermana.

JAIME Eso es lo que serán en adelante. Yo lo exijo y vuestra conciencia así debe dictarlo, si la conciencia existe, si es una voz de Dios, y no se es sordo deliberadamente. (Vase).

ESCENA VI

DOÑA JUSTA, PEPITA

PEP. ¿Mamá, has oído? Creo que está loco. Esa doña Remedios le trastorna el juicio con sus recados y traer y llevar. Haga usted favores. Por compadecernos de esa señora, verdad es que me llevaba á paseo, y por haber intimado con María, aunque también es cierto que lo hicimos para que me llevara al teatro y disfrutar en algo de su posición, nos han sobrevenido tan inmensos disgustos. No se puede ser buena; está visto; no se puede ser buena.

JUSTA ¡Ese es el pago que da el mundo á las buenas acciones; pero hay quien las premia en

la otra vida, y á ese Ser es á quien debemos dirigir todos nuestros pensamientos; resignémonos con las contrariedades y las maldades de las gentes; nuestra conciencia tranquila sea la que nos recompense de sus injusticias!

PEP. ¿Piensas recibirla?

JUSTA ¡Qué le hemos de hacer! Un nuevo sacrificio que se ha servido Dios mandarnos! No se puede ir en contra de tu hermano; está tan ofuscado, tan ciego..... Tengamos paciencia; que mayor la tuvo nuestro Redentor y era Dios.

PEP. ¡Qué buena eres!

JUSTA Yo ya soy vieja; viviré poco tiempo; en tí, pobre ángel es en quien pienso; las madres no tenemos más preocupación que nuestros hijos; por ellos todas nuestras amarguras, por ellos todos nuestros desvelos; pero ellos, siempre ingratos, no saben apreciar nuestros sacrificios. La primer casquivana que encuentran á su paso, es para ellos más digna de ternura que la pobre viejecita que los llevó en su seno, que rodeó su infancia de cuidados, guiando más tarde su juventud con los consejos de su experiencia. Misión ingrata la de los padres cuando los hijos no comprenden sus deberes. (Se lleva el pañuelo á los ojos.)

PEP. No llores, mamá; yo te quiero mucho.

JUSTA ¡Tú eres mi consuelo, mi alegría, pobre niña! El, ingrato, egoista como todos los hombres. (Se abrazan. Entra Petra; se acerca á las señoras con aire misterioso.)

ESCENA VII

DICHAS: PETRA

PETRA Ahí está una señora que quiere hablar con la señorita.

JUSTA ¿Quién es? No ha podido escoger peor ocasión.

PEP. Ya sé; viene á invitarme como todos los años para que cante en la novena.

JUSTA Vé, hija mía, y despáchala pronto que no hay tiempo que perder.

PEP. Es cosa de un momento. (Sale Pepita; Petra la sigue).

ESCENA VIII

DOÑA JUSTA

A cada instante me parece que llegan. ¡Qué intranquila estoy!... ¿Y por qué?... ¿Es odio hacia esa mujer lo que experimento..? ¿Es que me reprocha algo la conciencia...? ¡Me ha dicho Jaime unas cosas...! Extravíos de la juventud. ¡Una madre siempre es la madre! Ahora los jóvenes discurren de un modo... De estos tiempos á aquellos en que teníamos derecho de vida ó muerte... Aquello era terrible... ¡Matar á un hijo!... Matar yo á mi Jaime...! Ellos son los que algunas veces moralmente se matan por no seguir nuestros consejos. (Entra Pepita.)

ESCENA IX

DICHA: PEPITA

JUSTA ¡Creí que eran ellos!

PEP. Soy yo, mamá, que he despachado pronto la visita.

JUSTA ¿Era para lo que te figurabas?

PEP. Exactamente.

JUSTA ¿Y has aceptado?

PEP. Es natural. Una atención así y tratándose de mi devoción favorita...

JUSTA ¡Siempre tan buena!

PEP. He sentido parar un carruaje. (Se acerca á un balcón: también doña Justa.)

JUSTA ¿Son ellos?

PEP. Creo que sí. (Pausa.)

(Entran Jaime y María; ésta apoyada en el brazo de aquél; está muy pálida; anda con fatiga y se deja caer en un sofá; tiende las manos á doña Justa y Pepita; estas se acercan.)

ESCENA X

DICHAS. JAIME, MARÍA

JUSTA ¿María, hija mía?

PEP. ¿Estás enferma?

MARÍA La agitación... La escalera... Esto no será nada... pasará pronto...

JUSTA Descansa, nuestros cuidados harán que recobres la salud.

MARÍA Gracias.

JUSTA Pepita, anda, vé á preparar á tu hermana su cuarto; que enciendan la chimenea.

PEP. ¿Tendrás frío, verdad? Voy, voy corriendo. (Vase).

JUSTA ¿Quieres alguna cosa? Voy á inspeccionarlo todo; quiero que estés contenta y verte pronto buena y colorada. (Tanto doña Justa como Pepita en la escena anterior afectan amabilidad forzada y demuestran deseos de evitar la presencia de María.)

ESCENA XI

JAIME y MARIA

JAIME (Se sienta al lado de María y le coge una mano.) ¿Te sientes mejor, querida mía? Aquí, en tu casa, rodeada de cuidados y cariño, ahora que sé lo que vales, recobrarás la alegría y con ellas la fuerza y la salud; el amor, como el sol vivificante, realizará el milagro completando nuestra felicidad, ¿verdad, María? No quiero que estés triste; alza los ojos para que pueda ver en ellos el fondo de tu alma

que me ama y me perdona; quiero ver que tus labios sonríen á nuestra dicha presente. quiero leerlo en tus ojos, oirlo de tu boca.

MARÍA ¡Pobre Jaime! Me apena tu alegría, tu confianza en el porvenir. ¡Me siento tan enferma! Mi corazón, oprimido mucho tiempo, se ensancha tanto, tantó, de repente, que amenaza estallar dentro de mi pobre y abatido pecho; soy muy dichosa, mucho; tanto, que temo que lo soy demasiado.

JAIME ¡María mía, qué feliz y qué desgraciado me haces á un tiempo; en tus palabras, llenas de ternura, siento el dejo amargo de un mudo reproche que involuntariamente escapa de tu corazón. He sido muy culpable, pero también duramente castigado. Pensando siempre en tí, en María, que me odiaba, que no ha querido verme; en mi ángel tan bueno, tan bueno, ¡pero con esa cabecita tan dura que tanto me ha hecho sufrir! (Acaricia la cabeza de María.)

MARÍA Quise estar muy segura de tu arrepentimiento; mi dignidad no consentía que solicitase tu cariño, que bien podía parecer también que mendigaba vuestra limosna: quise bastarme á mí misma y la lucha ha sido demasiado fuerte; sucumbí en ella y no recoges más que un cadáver.

JAIME No me hables así, cuando todo nos sonríe; dime que me amas; dime que me perdonas, muchas, mil veces, para que yo me crea bastante perdonado; ¿qué dices, María?

MARÍA (Abrazándolo.) Sí, Jaime, sí; te perdono y te quiero. (Se desvanece.)

JAIME ¿Qué tienes? ¿Qué sientes? Estás fatigada; necesitas reposo; ¡ven de nuevo á tu cuarto, tan desierto desde que no lo ocupas! (La conduce á su habitación.) ¡Pobrecita mía! ¡María mía! ¡María de mi alma! (Salen.) (Entran doña Remedios y Petra.)

ESCENA XII

DOÑA REMEDIOS y PETRA

REM. ¿Y la señorita María? ¿Y las señoras?

PETRA La señorita supongo que estará en su habitación; ¿quiere usted que le avise?

REM. No; avise á las señoras. (Vase Petra. Pausa. Entran doña Justa y Pepita.)

ESCENA XIII

DOÑA REMEDIOS, DOÑA JUSTA y PEPITA

REM. (Dando la mano á doña Justa y Pepita.) ¿Y María cómo está?

JUSTA La encuentro bastante delicada; nos ha impresionado tristemente; esa niña caprichosa no ha cedido hasta que no ha podido más; eso no ha estado bien; no ha debido llegar á ese extremo.

PEP. Si hubiéramos sabido... Yo la he querido siempre.

REM. ¿Puedo pasar á verla?

JUSTA Vamos á ver cómo se encuentra esa querida niña. (Entran en el cuarto de María. Pausa. Entra Jaime precipitadamente.)

ESCENA XIV

JAIME

¡Petra! (Toca un timbre. Entra Petra.)

ESCENA XV

JAIME y PETRA

JAIME ¡Petra!

PETRA ¿Señorito?

JAIME Vaya inmediatamente á buscar un médico; la señora muy mal; ¡pronto, pronto!

PETRA ¿A quién aviso?

JAIME Al primero que encuentre; al de al lado; ¡corra usted, corra usted! (Vase Petra. Jaime vuelve á la habitación. Entran Pepita y doña Remedios)

ESCENA XVI

PEPITA y DOÑA REMEDIOS

PEP. ¿Qué opina usted? ¿La ha visto otras veces como ahora?

REM. No; nunca como ahora. ¡Pobre María! Hay seres desgraciados destinados á sufrir desde la cuna; minada su existencia, la vista solo de la felicidad los deslumbra y los hiere con la fuerza del rayo. (Pausa.) Estoy intranquila... todo lo temo... ¡Dios mío! ¡Qué fatalidad!

PEP. No nos alarmemos todavía, esperemos la opinión del médico.

REM. ¡El médico! Triste ciencia la suya, mientras no sepa renovar un corazón, cicatrizar las heridas del alma. (Pausa.)

PEP. ¡Cuánto tarda! (Pausa.)

REM. Siento pasos.

PEP. Voy á ver. (Se acerca á la puerta. Entra el Doctor Molina.)

ESCENA XVII

PEPITA, DOÑA REMEDIOS y el DOCTOR

DOC. ¿Señoras?

PEP. Pase usted, pase usted á ver á la enferma; por aquí, Doctor; póngala buena; ¡póngala pronto buena!

DOC. Es mi deber y mi deseo; ¡pero Dios sobre todo! (Entra, acompañado de Pepita, en la habitación de María.)

ESCENA XVIII

DOÑA REMEDIOS

¡Pobre María! ¡Qué triste desenlace si llegara á ocurrir una desgracia!.. Al menos me quedará el consuelo de haberlos reconciliado. (Pausa. Entra Pepita)

ESCENA XIX

DICHA y PEPITA

REM. ¿Qué sucede?

PEP. El médico no quiere que haya mucha gente en la habitación. Esperaré aquí con usted. ¡Pobre María! ¡Cuando íbamos á ser buenas hermanas! ¡Cuando al fin ha comprendido que no se puede ir en contra de las madres, morir quizá! Pero, no; esta será una crisis pasajera; las emociones de hoy, la vuelta á casa, el arrepentimiento tal vez de las cosas pasadas... En cuanto se serene y recobre el dominio de sí misma, pasará. Pero está tan pálida, tan abatida...

REM. ¡Pobrecilla! (Entra el Doctor, seguido de Jaime.)

ESCENA XX

DICHAS, JAIME, el DOCTOR

PEP. El Doctor.
REM. Oigamos.
JAIME La verdad, Doctor, quiero saber la verdad.
DOC. Es tan dura y difícil de decir, que aun tratándose de un hombre vacilo antes de pronunciar la palabra.
JAIME ¡Pronto! ¡Quiero saberla!
DOC. ¡No hay esperanza!
JAIME ¡Eso no es cierto! ¡No es posible!
DOC. ¿Pero no ve usted el estado en que la enferma se encuentra? ¿No comprende que la consunción ha llegado á su último periodo? ¿Que esa vida se apaga como una lámpara sin aceite? Corra usted, si quiere recibir los últimos destellos.
JAIME ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Eso no puede ser!
DOC. Lo que no puedo explicarme es que haya usted consentido que llegue á ese extremo. ¿Cómo no me han llamado hasta ahora, en que nada tengo que hacer? Avisado á tiempo.. Pero ahora es demasiado tarde. Aquí ha habido mucho abandono. Esa criatura no debía morir.
JAIME (Se deja caer aplomado en un sillón.) ¡Morir!... ¡Abandonada!... ¡Demasiado tarde!... (Solloza. Pepita se adelanta hacia él. Entra doña Justa; corre hacia Jaime.)

ESCENA XXI

DICHOS, DOÑA JUSTA

JUSTA ¿Qué ocurre, Doctor? ¿Qué le ha dicho usted?
DOC. La verdad, señora. Es demasiado tarde.
JUSTA ¡Hijo mío!
REM. ¡Pobre María!
PEP. ¡Qué desgracia!

ESCENA XXII

DICHOS, MARÍA

MARÍA (Desde dentro.) ¡Jaime!... ¡Jaime!... (Jaime se desprende de doña Justa. Corre hacia la habitación de María. Aparece ésta en la puerta: se apoya en el quicio. Jaime la coge en sus brazos.)

JAIME ¡María... tú aquí! (La conduce á un sofá. Arrodíllase.)

MARÍA Yo... sí... Jaime... á tu lado... ¡Perdóname!...

JAIME ¡Perdonarte yo... á ti!.. ¡María!... (María queda como muerta.) ¡Muerta!... ¡Muerta!... ¡Doctor!.. (Acércase el Doctor. Examina á María.)

DOC. ¡Resignación!

JAIME (Con extravío.) ¿Resignarme? ¡No! ¡Morir con ella!

REM. ¡Desgraciado!

JUSTA ¡Hijo de mi alma!

PEP. ¡Hermano mío! ¡Jaime! (Se acercan á él.)

JAIME (Rechazándolas.) ¡Dejadme solo... solo!

JUSTA Hijo mío.. ¿qué dices?... ¿No te quedamos nosotras?

JAIME ¡Ustedes!... ¡Siempre ustedes!... ¡Qué conciencia!

FIN

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, Florín, 8, bajo, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.